

sumido el pensamiento contemporáneo. Lo que está debajo del intelecto agente es ni más ni menos que el hombre mismo y sus enteras posibilidades, es decir el hombre y su futuro, es decir su apertura transcendental constitutiva.

El capítulo segundo está dedicado a investigar las relaciones del intelecto agente con las demás instancias cognitivas humanas. En estas páginas se advierte inmediatamente que la recuperación es una auténtica continuación. El intelecto agente es, desde Aristóteles, el acto intelectual superior: en este punto la unanimidad de la tradición es absoluta. Pero la caracterización del mismo no puede ser más diferente de unos autores a otros. El autor intenta una visión sistemática del intelecto agente, por esa razón comienza por el punto donde la semejanza es casi completa: es el responsable del paso de lo sensible a lo inteligible. Este paso es gnoseológica y antropológicamente decisivo, porque él constituye enteramente la diferencia humana. La historia revela la dificultad de establecer con precisión en qué consiste este paso y a su luz determinar la naturaleza del intelecto agente. Posteriormente hay que explicar cuál es su relación con los diferentes actos u operaciones intelectuales y con los hábitos de la inteligencia, ya sean adquiridos ya sean nativos. En este punto la posición decisiva parece ser doble: el carácter cognoscitivo del intelecto agente ha de ser acompañado por la distinción real de ser y esencia en las criaturas; es decir, el intelecto agente humano es la dimensión cognoscitiva del mismo acto de ser del hombre.

El autor dedica finalmente un tercer capítulo al estudio del carácter transcendental del intelecto agente. Resulta claro que estas páginas son como el resumen de una de las posibles sistematizaciones de la antropología transcen-

dental desarrollada por Polo. Se comienza con el trabajo de caracterizar directamente el intelecto agente como luz transparente que muestra su carácter dual, revelando de este modo la ausencia de identidad propia de las criaturas. A continuación se estudia la conversión del intelecto agente con los demás transcendentales personales y finalmente se concluye determinando el tema propio de la instancia cognoscitiva superior del hombre, lo cual sirve particularmente para mostrar la apertura del ser humano al futuro metahistórico.

El autor ha realizado un notable esfuerzo por argumentar detenidamente algunas de las cuestiones que trata, al menos hasta donde es posible hacerlo, y apela convincentemente a la propia experiencia personal para determinar otros puntos. El resultado es apreciable, la lectura de estas páginas constituye un gozo intelectual y una invitación a seguir sumergiéndose en las profundidades del hombre para llegar más alto en la fundamentación de la dignidad humana y en la comprensión de quiénes somos verdaderamente.

Enrique Moros

William R. SHEA - Mariano ARTIGAS, *Galileo en Roma. Crónica de 500 días*, Ediciones Encuentro, Madrid 2003, 238 pp., 15 x 23, ISBN 84-7490-676-8.

William R. SHEA - Mariano ARTIGAS, *Galileo in Rome. The rise and fall of a troublesome genius*, Oxford University Press, New York 2003, 258 pp., 15 x 23, ISBN 0-19-516598-5.

En las discusiones sobre las relaciones entre fe y ciencia, el caso Galileo es un tópico. A pesar de que existen numerosas obras bien documentadas sobre lo que sucedió, es muy frecuente encon-

trar, también entre católicos bien informados, una ignorancia considerable sobre lo realmente acaecido, llegando incluso a pensar que Galileo murió en la cárcel o en la hoguera por defender que la tierra giraba alrededor del sol.

Esta obra viene a sumarse a la ya amplia bibliografía existente. A mi entender, aporta dos novedades dignas de mención. En primer lugar, adopta un enfoque de tipo cronológico-histórico, tomando como punto de referencia las diversas estancias de Galileo en Roma (que vienen a sumar unos 500 días); este enfoque no se limita a agrupar los hechos por visitas, sino que empapa toda la redacción del libro: al hilo de dichas visitas, se presenta el ámbito histórico y cultural, se presenta a los personajes que desempeñarán un papel relevante, sus ideas, sus amistades e influencias en la Urbe, su situación económica, sus relaciones, detalles reveladores de su correspondencia, etc. Este modo de estructurar la obra la hace muy agradable y amena, y permite seguir con facilidad el hilo de los acontecimientos, sin perderse entre nombres y fechas, como sucede en otras obras que han tratado este tema.

En segundo lugar, no se trata de una obra de recopilación de lo ya sabido, ordenado de un modo cronológico, sino del resultado de una investigación que ha acudido a las fuentes y archivos disponibles, y ha contado con los últimos descubrimientos de material original. Dado que esta amplia disposición de material podría haber convertido la obra en un alarde de erudición poco cordial al gran público, los autores han preferido relegar las notas al final del libro, de modo que el texto conserva una fluidez sumamente agradable, sin perder por ello el máximo rigor en los datos que aporta.

El resultado nos muestra un cuadro muy completo del problema de Galileo,

pues se suman las cuestiones puramente teóricas con el contexto humano. No se trata simplemente de que Galileo recibiera en 1616 la orden de no enseñar públicamente que la tierra no es el centro del giro de los demás astros, a no ser como hipótesis de cálculo, cuestión a la que él, ferviente católico, se sometió sin resistencia. Y de que, en la publicación del *Diálogo sobre los dos grandes sistemas del mundo*, en 1632, contraviniera dicha orden, por lo cual fue condenado por el tribunal del Santo Oficio.

Se ve también al Galileo con poco tacto para plantear las cuestiones en el momento oportuno, casi sin percibir que la censura romana se encuentra inmersa en las consecuencias del drama de la reforma; que se enemista con quienes habían sido sus más fervientes aliados, que no toma en adecuada consideración las investigaciones de otros estudiosos de la época (ya para entonces Kepler había mostrado que las órbitas de los planetas eran elípticas), y algo engreído con sus propios descubrimientos (defendió hasta el final la tesis de que las mareas se deben al giro de la tierra, cosa que no es demostrativa sin contar con hallazgos muy posteriores en la historia de la ciencia).

La obra no tiene carácter apologético; quiere ser una rigurosa exposición de los hechos para que el lector extraiga las conclusiones. Y de la lectura del libro se desprende que la condena de Galileo no fue una condena de la Iglesia a la tesis de que la tierra gira alrededor del sol. Se trató más bien de un proceso disciplinar de rango menor, que no entraba directamente en la cuestión astronómica. Por lo demás, como es sabido, Galileo no ardió en la hoguera y ni siquiera llegó a pisar la cárcel, aunque debió vivir confinado en su villa de Arce tri, a las afueras de Florencia.

La obra incluye un abundante material gráfico que ayuda al lector a introducirse en la época: paisajes, edificios, rostros, colaboran a situarse en el contexto social de la época, y ayudan a evitar juicios apresurados desde los conocimientos científicos que tenemos hoy. Para guía del lector, se incluye, además, un índice onomástico y de materias muy completo, una relación de bibliografía complementaria sobre Galileo, y un índice de ilustraciones.

Se trata, en suma, de una obra sobre el caso Galileo exhaustivamente documentada pero que, gracias a su estructura, sabe mantener un tono de divulgación. Resulta muy agradable de leer y deja atrás los tópicos falsos sobre ese episodio histórico.

Antonio Pardo

René VIRGOULAY, *Philosophie et théologie chez Maurice Blondel*, Les Ed. du Cerf., Paris 2002, 215 pp., 13 x 21, ISBN 2-204-06898-5.

René Virgoulay es bien conocido entre los especialistas en el pensamiento de Maurice Blondel. Es coautor de la *Bibliographie analytique et critique* que llega hasta 1975; de su amplia monografía *Blondel et le modernisme*, y, en fin, de muchos más escritos sobre el filósofo francés desaparecido en 1949.

Virgoulay se enfrenta con una cuestión clave en Blondel: la de si se trata de un filósofo o de un teólogo. Blondel pretendió siempre actuar como filósofo riguroso sin por ello dejar de ser cristiano. Protestó siempre cuando se interpretó su pensamiento como una apologética, y no como un pensamiento autónomo. Al mismo tiempo, la filosofía de Blondel nos conduce no solamente a la religión en general, sino al

cristianismo en su forma más estricta, la significada por la noción de sobrenatural, es decir, el catolicismo. La consecuencia fue que sus relaciones con filósofos y con teólogos no fueron siempre pacíficas, y se vio envuelto en multitud de discusiones sobre diversos temas teológicos y filosóficos.

En este breve volumen, Virgoulay examina esas cuestiones sirviéndose, como es natural, de sus investigaciones anteriores. En la primera parte plantea la cuestión general de la filosofía y del cristianismo, que parte de la fe vivida de Blondel y pasa a su incursión en la apologética y en el problema de la filosofía «católica».

En la segunda parte, Virgoulay se ocupa de los temas y del método teológico propiamente dichos. Entre los temas aparecen la acción, el «Vinculum» (el mediador), los sacramentos (l'apratique litterale) y lo sobrenatural (con la propuesta de lo transnatural). El método se refiere sobre todo al método de inmanencia y a sus implicaciones fenomenológicas y ontológicas. Virgoulay alude posteriormente a una evolución del método (de implicación, cicloidal, etc).

En la tercera parte, finalmente, el tema es la fecundidad teológica de la filosofía blondeliana. Tras referirse a las incidencias de comienzos del siglo XX, Virgoulay se refiere a la relación de Blondel con los teólogos de su tiempo y, finalmente, a su influencia en los posteriores. La bibliografía que ofrece al final es bastante completa.

La obra muestra una vez más la familiaridad de René Virgoulay con la obra blondeliana y su dominio de la temática implicada en todas estas cuestiones.

César Izquierdo